

CAPÍTULO XIX

La respuesta del emperador

El tiempo entretanto caminaba con su impasible regularidad, y el ejército francés, aunque acosado por las guerrillas de Pronio, Mammone y Fra Diávolo, seguía tan impasible, como el tiempo, su triple marcha al través de los Abruzzos, la Tierra de Labor y la orilla del mar Tirreno. En Nápoles conocían todos los movimientos de los republicanos y que Championnet, con la primera división de su ejército, había acampado el 18 en San Germano y se adelantaba sobre Capua.

El 20 á las ocho de la mañana, el príncipe de Maliterno y el duque de Rocca-Romana, á la cabeza cada cual de un regimiento de voluntarios, reclutados entre la juventud noble ó rica de Nápoles y sus alrededores, fueron á despedirse de la reina y se pusieron en marcha para salir al encuentro á los republicanos.

Á medida que el peligro se acercaba, se hacia más profunda la división entre el partido del rey y el de la reina. El del rey se componía de Ruffo, Caracciolo, el ministro de la guerra Ariola y de todos los que, por honor del nombre napolitano, querían que se resistiese á todo trance, defendiendo Nápoles hasta el último extremo. El de la reina se componía de sir Hamiltón y Emma Lyonna, Nelson, Actón, Castelcicala, Vanni y Guidobaldi, que querían el abandono de Nápoles y la fuga inmediata y sin lucha.

Después de todo, la reina estaba confusa, temiendo que Ferrari había de llegar de un momento á otro. Viéndose el rey engañado tan descaradamente y sabiendo, al fin, sobre quién debía pesar la responsabilidad de todos los desastres que agobiaban al reino, podía, como toda naturaleza débil, cobrar en el terror un momento de energía y de voluntad... y librarse para siempre de la opresión que ejerciera sobre él durante veinte años, un ministro á quien nunca quiso, y una esposa á quien ya no quería. Mientras fué joven y hermosa, Carolina tuvo á su disposición un medio infalible de atraerse al rey, y no dejó de emplearlo; pero empezaba á descender el valle de la vida, y el rey, rodeado de hermosas jóvenes,

escapaba fácilmente á los halagos de su esposa.

La noche del 20 hubo consejo de Estado; el rey se pronunció decididamente por la defensa.

El consejo concluyó á las doce de la noche.

Desde las doce á la una, la reina estuvo en la cámara obscura, y volvió á su aposento con Simone, que recibió instrucciones secretas de Actón á la una y media. Dick partió para Benevento, donde hacía ya dos días que lo esperaba un palafrenero de confianza, con uno de los mejores caballos de Actón.

El día 21 empezó en Nápoles una de esas tormentas que duran allí tres días, y que han dado lugar al proverbio que dice : *nace, pace y muere*.

Á pesar de las alternativas de lluvia y de las ráfagas de viento, el pueblo, que presentía una catástrofe, se agolpaba en calles y plazas; pero lo que indicaba algo extraordinario era que no era el pueblo de los barrios y arrabales el que parecía tan inquieto. Observábanse por el contrario numerosos grupos que hablaban alto, gesticulando con rabia, en la calle del Mole, en la plaza de Palacio, es decir, en toda la extensión del largo castillo, del teatro de San Carlos y de la calle de Chiaia. Estos grupos, al mismo tiempo que rodeaban el palacio, vigilaban la calle de Toledo y la del Piliero. En medio de ellos, tres hombres, funestamente cono-

cidos ya en las anteriores asonadas, hablaban más alto y se agitaban con más ardor que los otros : eran Pascuale de Simone, el *Beccaio* y fray Pacífico, que sin saber de qué se trataba, daba rienda suelta á su carácter violento y alborotador, golpeando con su garrote, ora en el suelo, ora en la pared ó sobre el pobre Jacobino.

Aquella multitud, sin saber lo que esperaba, parecía esperar algo, y el rey, que no sabía más que ella, pero que estaba inquieto al verla, oculto detrás de una celosía del entresuelo, miraba, acariando á Júpiter maquinalmente, aquella turba que de cuando en cuando, retumbaba como el trueno á los gritos de « ¡Viva el rey! ¡Mueran los jacobinos! »

La reina, que sabía dónde estaba el rey, se colocó en una pieza inmediata con Actón, pronta á obrar según las circunstancias, mientras Emma, en el aposento de la reina, embalaba, ayudada por la San Marcos, los papeles más secretos y las más preciosas alhajas de su real amiga.

Á las once, un joven desembocó á galope sobre un caballo inglés, por el puente de la Magdalena, y atravesando los sitios más concurridos de la ciudad, llegó á la plaza de Palacio, cambió algunos signos misteriosos con Simone y el *Beccaio* y entró

en palacio por la puerta principal, apeóse y corrió á buscar á la reina, que lo esperaba en compañía de Actón : al verlo, le preguntaron ambos :

— ¿ Qué hay ?

— Me sigue.

— ¿ Cuánto tardará en llegar ?

— Media hora.

— ¿ Están advertidos los que le esperan ?

— Sí.

— Ahora, id á mi aposento y decid á lady Hamilton que avise á Nelsón.

El joven subió por la escalera de servicio con una rapidez que mostraba cuán bien la conocía, y desempeñó su encargo.

— ¿ Tenéis un hombre de confianza que lleve una esquila á lord Nelsón ?

— Yo mismo, respondió el joven.

— ¿ Sabéis que no hay tiempo que perder ?

— Ya lo sé.

— Entonces...

Emma tomó la pluma y escribió la siguiente línea :

« Probablemente será esta noche; estad preparado.

» EMMA. »

Con la misma rapidez que había subido, bajó el joven las escaleras de palacio y la cuesta del puerto militar; tomó un bote y abordó el *Van-Guard*, que, con los masteleros de juanete calados, fondeaba á seis cables de distancia del puerto militar, rodeado de los otros buques ingleses y portugueses, que estaban á las órdenes de Nelsón.

El joven, que no era otro que Ricardo, entregó á Nelsón su esquila.

— Las órdenes de S. M. serán cumplidas, dijo Nelsón, y para que podáis atestiguarlo, seréis vos mismo el portador.

— Enrique, dijo Nelsón á su capitán de bandera, que preparen una canoa para conducir al señor á bordo del *Alcmene*.

Y guardando en su pecho el billete de Emma, escribió lo que sigue :

RESERVADÍSIMO.

« Tres botes y la cañonera del *Alcmene*, armados sólo de armas blancas, para encontrarse en la *Victoria* á las siete y media en punto.

» Un solo bote atracará y será el del *Van-Guard*, los otros permanecerán á alguna distancia con los remos levantados.

» Todos los botes se reunirán antes de las siete junto al *Almene*, á las órdenes del comandante Hope.

» Los gargos de abordaje en las lanchas.

» Todas las otras lanchas del *Van-Guard* y del *Almene* armadas de cuchillos, y los botes se reunirán en el *Van-Guard* á las órdenes del capitán Hardi, que á las ocho en punto se hará á la mar á medio camino de Molosillo.

» Cada lancha llevará cuatro ó seis hombres.

» En caso de peligro, hacer dos señales con fuego.

» HORACIO NELSON. »

« El *Almene* estará dispuesto á hacerse al mar durante la noche, si fuese necesario. »

Mientras se ejecutaban estas órdenes, un segundo correo desembocaba por el puente de la Magdalena: y siguiendo el mismo camino que el primero, llegaba á la calle del Piliero; pero allí, el gentío era tal, que á pesar de su uniforme de correo de gabinete, apenas podía dar un paso su caballo. Como si lo hicieran á propósito, algunos hombres del pueblo se dejaron atropellar y empezaron á injuriarlo.

Ferrari, pues era él el correo, acostumbrado á ver respetar su uniforme, respondió al principio con algunos latigazos repartidos á derecha é izquierda.

Los *lazzaroni* callaron y se apartaron por costumbre; pero al llegar á la esquina del teatro de San Carlos, un hombre quiso cruzar por delante del caballo, y lo hizo tan torpemente, que fué derribado por él.

— ¡ Amigos míos! gritó el caído; ese no es un correo del rey, sino un jacobino disfrazado que se escapa. ¡ Muera el jacobino!

Los gritos de « ¡ Al jacobino, al jacobino! » resonaron entre la multitud. Simone arrojó al caballo su cuchillo, que le entró hasta el mango por debajo de la espaldilla.

El caballo se alzó de manos relinchando de dolor, y arrojando un mar de sangre sobre los concurrentes. La vista de la sangre ejerce una influencia mágica sobre los pueblos meridionales. Apenas los *lazzaroni* se vieron regados por el rojo y tibio licor, lanzáronse dando feroces gritos, sobre el jinete y su caballo.

Ferrari comprendió que si el caballo caía, él estaba perdido. Sostúvolo cuanto pudo con la brida y las piernas; pero el pobre animal estaba herido de

muerte. Fué tropezando á derecha é izquierda, y por un desesperado esfuerzo del jinete levantó las manos y dió un salto hacia adelante; pero Ferrari, viendo que se caía y que no estaba más que á cincuenta pasos del cuerpo de guardia, pidió socorro á gritos; pero fueron ahogados por los del pueblo, mil veces repetidos, de « ¡ Muera el jacobino ! » Cogió una pistola, esperando que la detonación serviría más que sus voces; mas en aquel momento cayó su caballo, la sacudida hizo salir el tiro y la bala fué á herir á un muchacho de ocho ó diez años, que cayó á tierra.

— ¡ Asesinan á los niños ! gritó una voz.

Al oír este grito, fray Pacífico, que hasta entonces estuvo tranquilo, penetró hasta el centro del grupo, donde caído con su caballo, el desgraciado Ferrari procuraba ponerse en pie, y antes de que lo consiguiera, el garrote del fraile cayó sobre su cabeza y lo aturdió. Pero no era esto lo que se quería: Ferrari debía morir á la vista del rey Fernando. Los cinco ó seis esbirros que estaban en el secreto del drama, rodearon el cuerpo y lo defendieron, mientras el *Beccaio* lo arrastraba por los pies, gritando:

— ¡ Paso al jacobino !

Dejaron el caballo muerto donde había caído, y después de despojarlo, siguieron al *Beccaio*. Á los

veinte pasos se encontraron delante de palacio y de la ventana donde estaba el rey, el cual, queriendo saber la causa de tan espantoso tumulto, abrió la celosía. Á su vista, redoblaron los gritos. Al oír aquellos bramidos, creyó el rey que, en efecto, se trataba de algún jacobino á quien hacían *justicia*. Y como al rey no le disgustaba aquella manera de desembarazarse de sus enemigos, saludó al pueblo con la sonrisa en los labios. Viendo la aprobación del rey, quisieron mostrarle que no eran indignos de él, y levantaron al desgraciado Ferrari, ensangrentado, desgarrado, mutilado, pero aún vivo, entre sus brazos; el correo, que acababa de volver en sí, abrió los ojos, conoció al rey, extendió los brazos y gritó:

— ¡ Socorro, socorro ! ¡ Señor, soy yo, yo, vuestro Ferrari !

Aquella escena inesperada, terrible é inexplicable, produjo al rey tal efecto, que fué á caer medio desmayado en un sillón, mientras Júpiter, que no era hombre ni rey, que no tenía ninguna razón para ser ingrato, aullaba dolorosamente, y con los ojos ensangrentados y la boca espumosa, saltaba por la ventana y corría al socorro de su amigo.

En aquel momento, abrióse la puerta y entró la reina; tomó al rey por la mano y le obligó á levantarse; condújole á la ventana, y mostrándole aquel

pueblo de canibales, que se repartía los miembros de Ferrari, le dijo :

— Ved los hombres con que contáis para la defensa de Nápoles y la nuestra : hoy degüella á nuestros servidores ; mañana hará lo mismo con vuestros hijos y pasado mañana con nosotros. ¿ Persistís aún en quedaros ?

— ¡ Preparadlo todo ! exclamó, el rey ; partiré esta noche...

Y creyendo tener ante sus ojos al mutilado Ferrari y oír su voz moribunda, que pedía socorro, echó á correr, con las manos en la cara y buscando refugio en las habitaciones más retiradas del palacio.

Cuando al cabo de dos horas abrió los ojos, lo primero que vió fué á Júpiter ensangrentado, acostado sobre un pedazo de paño que parecía un resto de la chaqueta del correo.

Arrodillóse el rey junto á Júpiter y se cercioró de que no estaba herido de gravedad ; pero deseando saber lo que era el paño sobre que estaba acostado el fiel y valeroso perro, sacó de debajo de él, á pesar de sus gemidos, un pedazo de la chaqueta de Ferrari, que Júpiter había arrancado de entre las manos á sus asesinos.

Por una casualidad providencial, en aquel pedazo estaba el bolsillo de cuero destinado á encerrar los

despachos. El rey abrió el botón que lo cerraba y halló intacto el pliego imperial, que el correo le traía en respuesta á su carta.

Corrió el rey á encerrarse en su cámara, y leyó la siguiente carta :

« Á mi carísimo hermano y muy amado primo, tío, suegro, aliado y confederado.

» Yo no he escrito la carta que me mandáis con Ferrari y que está falsificada desde el principio hasta el fin.

» La que tuve el honor de dirigir á V. M. era toda de mi puño y letra, y en lugar de excitarle á entrar en campaña, le decía que no intentase nada hasta el mes de Abril, época en que cuento que llagarán nuestros buenos y fieles aliados los rusos.

» Si los culpables están al alcance de V. M., no le ocultaré que me alegraría verlos castigados como merecen.

» Téngo el honor de ser, con respeto, de V. M. e carísimo hermano, amado primo, sobrino, yerno, aliado y confederado.

» FRANCISCO. »

La reina y Actón acababan de cometer un crimen inútil ; decimos mal ; no era inútil, puesto que determinaba al rey á abandonar Nápoles giarse en Sicilia.

CAPÍTULO XX

La fuga

Según hemos dicho ya, la fuga fué resuelta y fijada para aquella misma noche, 21 de Diciembre.

Convínose en que el rey, la reina, toda la familia real, menos el príncipe heredero, su mujer y su hijo, sir William, Emma Lyonna, Actón y los más familiares del palacio, pasarían á Sicilia en el *Van-Guard*.

Recordará el lector que el rey había prometido á Caracciolo que si salía de Nápoles sería en su buque; pero habiendo vuelto por el terror á sufrir el yugo de la reina, Fernando no cumplió su promesa por dos razones.

La primera era la vergüenza que experimentaba á la vista del almirante de dejar á Nápoles después de haber prometido quedarse.

La segunda, que profesando Caracciolo los principios patrióticos de toda la nobleza napolitana,

podría, en lugar de llevarle á Sicilia, entregarle á los jacobins.

Dióse aviso á las princesas de Francia de la resolución adoptada, y se les enviaron quince mil francos para ayudarles en la fuga.

Todo el día se empleó en bajar y reunir en el pasadizo secreto las alhajas, el dinero, los muebles preciosos, y las obras de arte que se habían de transportar á Sicilia. El rey hubiera querido llevarse también los canguros, pero viendo que era imposible, contentóse con recomendarlos, en carta escrita de su puño y letra, al jardinero principal de Caserta.

Fernando, que no olvidaba la traición de la reina y de Actón, cuya prueba le había suministrado la carta del emperador, permaneció encerrado en sus habitaciones y se negó á recibir á nadie. La consigna fué severamente observada con Francisco Caracciolo, que habiendo visto desde su buque las idas y venidas y las señales de los ingleses, sospechó algo y quiso cerciorarse; y con el marqués de Vanni que, habiendo hallado cerrada la puerta de la reina, y sabiendo por el príncipe de Castelicala que se trataba de la partida, venía, en último extremo, á llamar á la del rey.

Decidióse que el embarque tendría lugar á las

diez de la noche, conviniéndose en consecuencia que en aquella hora todas las personas que debían embarcarse se reunirían en la cámara de la reina.

Á las diez en punto entró el rey acompañado de su perro; como era el solo amigo con cuya fidelidad contaba, era el único que se llevaba consigo.

Había pensado primero en el cardenal Ruffo, y luego en Ascoli y en Malaspina; pero se dijo para sí que ellos ya sabrían arreglarse solos.

Echó una ojeada al inmenso salón, alumbrado apenas, pues habían temido que la demasiada luz despertase las sospechas, y vió á todos los fugitivos reunidos ó más bien dispersos en diferentes grupos.

Componíase el grupo principal, de la reina, de su hijo predilecto el príncipe Leopoldo, del joven príncipe Alberto, de las cuatro princesas y de Emma Lyonna.

La reina estaba sentada en un sofá cerca de Emma Lyonna, que tenía en sus brazos al príncipe Alberto, su favorito, mientras que el príncipe Leopoldo apoyaba su cabeza en el hombro de la reina. Las cuatro princesas, agrupadas en torno de su madre, estaban unas sentadas y acostadas las otras en la alfombra.

Actón, sir William y el príncipe de Castelcicala hablaban en pie en el hueco de una ventana, oyendo silbar el viento y caer la lluvia que azotaba las vidrieras.

Otro grupo de damas de honor, entre las que se distinguía la condesa de San Marcos, confidenta íntima de la reina, rodeaba una mesa.

Apartado en un rincón donde apenas se le divisaba, estaba Dick, que tan hábil y fielmente desempeñó aquel día las órdenes de su amo y de la reina, á quien podía considerar ya como su ama.

Al entrar el rey todos se levantaron, pero él les hizo seña con la mano para que no se movieran.

—No os incomodéis por mí; no merece la pena, les dijo.

Sentóse cerca de la puerta por donde había entrado, cogiendo entre sus piernas la cabeza de Júpiter.

Al oír á su padre, el príncipe Alberto, que era poco simpático á la reina y que buscaba en los otros el cariño tan necesario á los niños, dejó á Emma y fué á presentar al rey su frente pálida y algo enfermiza cubierta de un bosque de rubios cabellos.

El rey apartó los cabellos del niño, le besó en la frente, y después de haberle mirado un instante

con aire pensativo, le envió de nuevo á Emma Lyonna, á quien el niño llamaba su *madrecita*.

Reinaba un lúgubre silencio en aquella sombría estancia; los que hablaban, hablaban bajo.

Á las diez y media debía el conde de Thurn, alemán al servicio de Nápoles, en compañía del marqués de Nizza, que mandaba la escuadra portuguesa, bajo las órdenes de Nelsón, penetrar en el palacio por la escalera del subterráneo, á cuyo efecto el conde de Thurn había recibido una llave de las habitaciones de la reina.

En medio de aquel silencio, el reloj dió las diez y media.

Casi al mismo tiempo oyóse llamar á la puerta de comunicación.

¿ Por qué el conde de Thurn llamaba en lugar de abrir, puesto que tenía la llave?

En circunstancias supremas todo lo que en otra situación sería solamente causa de sorpresa ó inquietud, se convierte en causa de terror.

Estremecióse la reina y se levantó.

— ¿ Qué sucede? dijo.

El rey contentóse con mirar; pues no sabía las disposiciones que se habían tomado.

— No puede ser nadie más que el conde de Thurn, dijo Actón, siempre sereno.

— ¿ Por qué llama, si yo le he dado la llave?

— Si V. M. lo permite, voy á verlo.

— Id, respondió la reina.

Actón encendió una vela y entró en el corredor. Siguióle la reina con una mirada que revelaba su ansiedad. El silencio, de lúgubre que era, se hizo mortal. Al cabo de algunos instantes Actón reapareció.

— ¿ Qué hay? preguntó la reina.

— Probablemente la puerta no se abría hacia mucho tiempo, y la llave se ha roto en la cerradura. El conde llamaba para saber si hay medio de abrir la puerta por dentro; yo he probado, y no le hay.

— ¿ Qué haremos?

— Derribarla.

— ¿ Se lo habéis mandado así?

— Sí, señora, y he ahí cómo lo ejecuta.

Oyéronse efectivamente golpes violentos y después el crujido de la puerta que se rompía.

Todos aquellos ruidos tenían algo de siniestro.

Oyéronse pasos que se acercaban, la puerta del salón se abrió y presentóse el conde de Thurn.

— Pido perdón á Vuestras Majestades, dijo, por el ruido que acabo de hacer y por los medios que me he visto obligado á emplear; pero la ruptura de la llave era un accidente imposible de prever.

— Es un presagio, dijo la reina.

— En todo caso, si es un presagio, dijo el rey con su ordinario buen sentido, significa que haríamos mejor en quedarnos que en partir.

La reina tuvo miedo de que volviese la voluntad á su augusto esposo.

— Partamos, dijo.

— Todo está dispuesto, señora, dijo el conde de Thurn; pero antes pido permiso para comunicar al rey una orden que he recibido esta noche del almirante Nelsón.

Levantóse el rey y se acercó al candelero, cerca del cual le aguardaba el conde de Thurn con un papel en la mano.

— Leed, señor, le dijo.

— La orden está en inglés, dijo el rey, y yo no sé el inglés.

— Voy á traducírsela á V. M.

AL ALMIRANTE CONDÉ DE THURN

« Golfo de Nápoles, 21 de Diciembre.

» Preparad, para quemarlas, las fragatas y las corbetas napolitanas. »

— ¿ Qué habéis dicho? preguntó el rey.

— « Preparad, para quemarlas, las fragatas y las corbetas napolitanas. »

— ¿ Estáis seguro de no equivocaros? replicó el rey.

— Seguro, señor.

— ¿ Y por qué se han de quemar unas fragatas y corbetas que han costado tanto dinero y en cuya construcción han empleado diez años?

— Para que no caigan en poder de los franceses, señor.

— ¿ Pero no se podrían llevar á Sicilia?

— Tal es la orden de milord Nelsón, señor, y por eso he querido consultar á V. M. antes de transmitirla al marqués de Nizza, que es el encargado de su ejecución.

— Señor, señor, dijo la reina acercándose al rey, perdemos un tiempo precioso, y por mezquindades.

— ¡ Cáscaras, señora! exclamó el rey, ¿ llamáis á eso mezquindades? Consultad el presupuesto de la marina de los últimos diez años, y veréis que asciende á más de treinta millones de escudos.

— Señor, están dando las once, dijo la reina, y milord Nelsón nos aguarda.

— Tenéis razón, dijo el rey, y milord Nelsón no es hombre para esperar ni aun al rey, ni siquiera á la reina. Obedeceréis las órdenes de milord Nelsón,

señor conde, quemaréis mi escuadra. Lo que Inglaterra no se atreve á tomar lo quema. ¡ Ah! pobre Caracciolo, ¡ cuánta razón tenías y qué mal he hecho yo en no seguir tus consejos! Vamos, señores, vamos, señores, no hagamos aguardar á milord Nelson.

Y cogiendo el rey el candelero de manos de Actón, echó á andar delante: todos le siguieron.

Desde el 21 de Diciembre de 1798, en que ocurrían estos sucesos, hemos visto tantas fugas reales, que no merecen ya la pena de describirlas. Y en nuestros días, en Nápoles, hemos visto al nieto salir por el mismo corredor, bajar la misma escalera que el abuelo y dejar la amada tierra de la patria por la extranjera, siempre triste para el proscrito. Con la diferencia que el abuelo debía volver, y según toda probabilidad, el nieto está proscrito para siempre.

Pero en la época á que nos referimos, era Fernando el que inauguraba estas escapatorias nocturnas y furtivas. De suerte que caminaba silencioso, con el oído atento y el corazón palpitante. Al llegar á la mitad de la escalera, enfrente de otra que daba á la cuesta del Gigante, creyó oír ruido. Detúvose, y habiendo llegado el mismo ruido por segunda vez á su oído, apagó la luz y todos se hallaron en la obscuridad.

Tuvieron que bajar á tientas y paso á paso la escalera estrecha y desigual en que se habían metido, y que además de no tener pasamanos, era empinada y peligrosa. Sin embargo, llagaron al último escalón sin inconveniente, y sintieron una fresca y húmeda bocanada de aire que les llegaba del exterior.

Estaban á algunos pasos del embarcadero.

Al llegar á la especie de muelle que rodea la muralla del palacio, el conde de Thurn dirigió al cielo una rápida mirada. El cielo estaba cubierto de nubes bajas y que corrían rápidamente. Pudiera comparársle á una mar aérea, cuyas encrespadas olas bajaban para confundirse con las de la mar terrestre. En el estrecho espacio que dejaban libre las nubes y el agua, bramaba el terrible viento sudoeste, causa de los frecuentes naufragios y desastres que en los malos días del año ocurren en el golfo de Nápoles.

El rey observó la inquieta mirada del conde de Thurn, y le dijo:

— Si el tiempo está muy malo, me parece que no deberíamos embarcarnos esta noche.

— Es la orden de milord, respondió el conde; sin embargo, si V. M. se negara resueltamente...

— ¡ Es la orden, es la orden! respondió el rey impaciente; pero ¿ y si la vida corre peli-

gro? Veamos, conde: ¿respondéis de nosotros?

— Haré todo lo que es capaz de hacer un hombre que lucha contra el viento y la mar, para conducirlos á bordo del *Van-Guard*.

— ¡Diablo! eso no es responder. ¿Os embarcaríais con un tiempo semejante?

— Vuestra Majestad lo ve, puesto que sólo espero sus órdenes, para conducirlo á bordo del navío almirante.

— Digo si os embarcaríais estando en mi lugar.

— En el lugar de V. M., no teniendo que recibir órdenes más que de las circunstancias y de Dios, lo miraría bien primero.

— Y bien, preguntó la reina impaciente, aunque sin atreverse á entrar en la canoa antes que su marido por respeto á la etiqueta; ¿qué aguardamos?

— ¿Qué aguardamos? exclamó el rey; ¿no oyes lo que dice el conde de Thurn? El tiempo es malo, y él no se atreve á responder de nosotros. Hasta Júpiter, tirando de su cordón, me aconseja que vuelva á palacio.

— Volveos, señor, y haced que nos despedacen á todos, como lo fué esta mañana uno de nuestros mejores servidores. En cuanto á mí, prefiero el mar y sus tempestades á Nápoles y sus habitantes.

— Yo siento más que nadie la desgracia de mi buen servidor, sobre todo desde que sé lo que debo pensar acerca de su muerte. Y en cuanto al pueblo de Nápoles, no soy yo en verdad quien tenga nada que temer de él.

— Sí, ya lo sé; como el pueblo napolitano ve en vos su representante, os adora; pero yo, que no tengo la dicha de merecer sus simpatías, me marcho.

Y á pesar del respeto á la etiqueta, la reina entró antes que nadie en la canoa.

Las princesitas y el príncipe Leopoldo, acostumbrados á obedecer más á la reina que al rey, la siguieron inmediatamente.

El príncipe Alberto soltó la mano de Emma Lyonna, corrió al rey, y tirándole del brazo en dirección de la canoa, le dijo:

— Ven con nosotros, papá.

El rey, que no tenía la costumbre de la resistencia, sino cuando se veía sostenido, miró en torno suyo, para ver si encontraba algún apoyo; pero ante su mirada, en que tenía más de suplicante que de amenazadora, todos los ojos se bajaron. El egoísmo de unos y el miedo de otros sirvieron de auxiliares á la reina.

Viéndose completamente abandonado, se dejó

conducir por su hijo, que tiraba de él, como él de su perro.

Entró en la canoa, y sentándose en un banco separado de los demás, dijo:

— Puesto que todos lo queréis... Ven, Júpiter, ven.

Apenas se sentó el rey, el comandante de la canoa gritó:

— Largad.

Dos marineros, armados de espeques, haciendo con ellos hincapié en el muelle, apartaron la canoa y bajando los remos navegaron hacia la salida del puerto.

Las canoas destinadas á los otros pasajeros imitaron á la canoa real.

¡Qué diferencia entre aquella fuga nocturna, acompañada por los bramidos de la tempestad y de las olas y la alegre fiesta del 22 de Septiembre, en que fueron á recibir al vencedor de Abukir, bajo los ardientes rayos del sol de otoño, con una mar tranquila, al son de la música de Cimara, al ruido de las campanas y al estampido del cañón!

Habían transcurrido apenas tres meses desde que celebraran algo prematuramente la derrota de los franceses, cuando se vieron obligados á pedir hospitalidad, en medio de las tinieblas de una noche

tormentosa, á aquel mismo *Van-Guard*, que habían recibido en triunfo.

Y todavía faltaba saber si podrían llegar hasta él.

Nelson se había acercado á la entrada del puerto cuanto lo permitió la seguridad de su navío: pero aun tenían que navegar un cuarto de milla para llegar á él, y según estaba el tiempo, podían naufragar diez veces antes de atravesarlo.

En efecto, aun antes de salir del puerto militar, en la canoa real empezaron á comprender lo inminente del peligro. Enormes olas, que atravesaban sin obstáculo desde las islas Baleares hasta el pie del Vesubio, iban á estrellarse á la entrada del puerto militar, y formando remolinos que amenazaban sumergir aquellas frágiles embarcaciones bajo sus húmedas bóvedas, que en la obscuridad parecían bocas de monstruos abiertas para devorarlas.

Al acercarse á la salida del puerto militar, la misma reina sintió desmayar su ánimo, y el rey, silencioso é inmóvil, con su perro entre las piernas y apretándole convulsivamente por el cuello, miraba con ojos desencajados aquellas grandes olas que se estrellaban contra el muelle, lanzando siniestros mugidos y arrojando por encima de la muralla masas de espuma que parecían en las tinieblas lluvias de plata.

Á pesar del terrible aspecto del mar, el conde de Thurn, fiel observador de las órdenes que había recibido, procuró superar el obstáculo y vencer la resistencia.

En pie en la proa, cara al viento, que le había arrebatado el sombrero, y al mar, que le había calado de pies á cabeza, animaba á los remeros repitiendo de cuando en cuando con monótona pero firme entonación, estas tres palabras:

— ¡Bogad firme, bogad!

La canoa adelantaba.

Pero al llegar al límite que hemos indicado, la lucha fué grave. Tres veces la victoriosa canoa trepó á la cresta de las olas y se deslizó por la opuesta vertiente y otras tantas fué rechazada por las olas, que venían detrás.

El conde de Thurn comprendió que era locura querer luchar con semejante adversario, y se volvió para decir al rey:

— Señor, ¿ qué ordenáis ?

Apenas tuvo tiempo de concluir la frase. Durante el segundo en que cometió la imprudencia de abandonar la dirección de la canoa, una ola, más grande y furiosa que las demás, la llenó de agua. La canoa se estremeció y crujó. La reina y las princesitas, que creyeron llegada su última hora,

dieron un grito y el perro aulló lúgubrementemente.

— ¡ Virad de bordo! gritó el conde; es tentar á Dios hacerse á la mar con tiempo semejante. Á las cinco de la mañana probablemente se amainará el tiempo.

Gozosos sin duda los remeros al oír semejante palabra, viraron, y la canoa se dirigió rápidamente al muelle y atracó al punto más inmediato.

CAPÍTULO XXI

En que Miguel se enfada de veras con el beccajo

Los ilustres fugitivos no eran los únicos que en aquella noche tempestuosa habrían de tener que luchar con el mar.

Según su costumbre, el caballero San Felice había entrado en su casa á las dos y media, llamando desde la puerta con voz agitada:

— ¡ Luisa ! ¡ Luisa !

Ésta se lanzó al corredor comprendiendo por el acento de su marido que ocurría algo de extraordinario, de lo cual se convenció al ver la palidez del caballero.

San Felice había visto desde las ventanas de su biblioteca lo ocurrido en la calle de San Carlos, esto es, la mutilación del infeliz Ferrari. Valiente bajo su dulce apariencia, y dotado sobre todo de ese valor que presta á los grandes corazones un

profundo sentimiento de humanidad, su primera idea había sido salir á la calle para socorrer al correo del rey, al cual había reconocido perfectamente; pero á la puerta de la biblioteca encontró al príncipe real quien le preguntó con su voz melosa y fría:

— ¿ Á dónde vais, San Felice?

— ¿ Á dónde voy? respondió el caballero. Pero ¿ no sabe V. A. lo que pasa?

— Sí tal, están degollando á un hombre. Mas se me figura que un asesinato en las calles de Nápoles no es cosa tan extraordinario para que os apuréis de ese modo.

— ¡ Pero el que degüellan es un servidor del rey!

— Lo sé.

— ¡ Es el correo Ferrari!

— Le he reconocido.

— ¡ Cómo! ¿ le habéis reconocido? y ¿ por qué asesinan á ese infeliz á los gritos de « ¡ mueran los jacobinos! » cuando es uno de los más fieles servidores de S. M.?

— ¿ Cómo? ¿ por qué? ¿ Habéis leído la correspondencia de Maquiavelo, representante de la magnífica república florentina en Bolonia?

— Ciertamente que la he leído, monseñor.

— Pues bien, entonces ¿ conocéis la respuesta que

dió á los magistrados florentinos á propósito del asesinato de Ramiro de Orco, cuyos cuartos aparecieron clavados sobre cuatro estacas en los cuatro ángulos de la plaza de Imola ?

— ¿ Ramiro de Orco era florentino ?

— Sí, y como tal, el senado de Florencia creía tener derecho de pedir á su embajador algunos por menores acerca de aquel misterioso asesinato.

San Felice interrogó su memoria, y dijo :

— Maquiavelo respondió : « Magníficos señores, todo cuanto puedo deciros respecto á la muerte de Ramiro de Orco es, que César Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer hombres, según sus méritos. »

— Pues bien, amigo mío, replicó el duque de Calabria con su falaz sonrisa, volved á subir á vuestra escalera y medita la respuesta de Maquiavelo.

El caballero obedeció, y aun no había subido tres escalones cuando comprendió que el golpe que hería á Ferrari había sido preparado por una mano interesada en su muerte.

Un cuarto de hora después, vinieron á llamar al príncipe de parte de su padre.

— No abandonéis el palacio sin volver á verme, dijo el duque de Calabria al caballero, porque,

según todas las probabilidades, tendré que anunciaros algo de nuevo.

Y en efecto, el príncipe volvió á entrar antes de una hora.

— San Felice, le dijo, ¿ os acordáis de la promesa que me habéis hecho de acompañarme á Sicilia ?

— Sí, monseñor.

— ¿ Y estáis dispuesto á cumplírmela ?

— Sin duda. Pero, monseñor...

— ¿ Qué ?

— Cuando dije á mi señora el honor que me hacía Vuestra Alteza...

— ¿ Y bien ?

— Me respondió que deseaba acompañarme.

El príncipe lanzó una exclamación de alegría.

— ¡ Oh ! ¡ gracias por la buena noticia, caballero ! repuso. ¡ De ese modo tendrá la princesa una compañera digna de ella ! Yo sé, mi querido San Felice, que vuestra esposa es un modelo de mujeres, y ya os acordaréis que os la pedí para dama de honor de la princesa, la cual hubiera tenido entonces, de nombre y de hecho, una verdadera dama de honor ; pero vos me la negasteis. Hoy, es ella la que sale al encuentro de nuestros deseos : decidla, amigo mío, que la recibiremos con los brazos abiertos.

— Voy, pues, á anunciárselo, monseñor.

— Esperad, aun no os lo he dicho todo.

— Es cierto.

— Partimos esta noche.

El caballero abrió los ojos desmesuradamente.

— ¡ Yo creía que el rey había decidido no salir de Nápoles sino en la última extremidad !

— Sí, pero la muerte de Ferrari ha dado al traste con su resolución. Su Majestad abandona el palacio á las diez y media, y se embarca á bordo del navío de lord Nelson con la reina, las princesas, mis dos hermanos, los embajadores y los ministros.

— Y ¿ por qué no á bordo de un navío napolitano? Parece que dar la preferencia á un buque inglés es hacer una injuria á nuestra marina.

— ¿ Qué queréis? la reina lo ha dispuesto así, y sin duda por compensación, soy yo quien se embarca en la fragata del almirante Caracciolo, y por consiguiente, vos conmigo.

— ¿ Á qué hora?

— Todavía no lo sé; ya os mandaré aviso. De todos modos, estad preparado; probablemente será entre diez y doce de la noche.

— Está bien, monseñor.

El príncipe le cogió la mano, y mirándole de hito en hito :

— ¡ Cuidado, que cuento con vos! le dijo.

— Vuestra Alteza tiene mi palabra, respondió San Felice inclinándose; acompañarle es demasiado honor para que vacile en recibirle.

Y, tomando su paraguas y su sombrero, salió de la biblioteca.

La rugiente muchedumbre llenaba todavía las calles; en la misma plaza de Palacio se habían encendido dos ó tres hogueras, en cuyas brasas se asaban pedazos de carne del caballo de Ferrari.

En cuanto al infeliz correo, había sido descuartizado completamente. Unos se habían apoderado de las piernas, otros de los brazos, y poniéndolos en la punta de palos aguzados — los *lazzaroni* no tenían aún ni picas ni bayonetas — paseaban por las calles, gritando : « ¡ Viva el rey! ¡ mueran los jacobinos! »

En la cuesta del Gigante el caballero encontró al *beccaio*, el cual se había apoderado de la cabeza de Ferrari, le había metido una naranja en la boca, y la llevaba á guisa de estandarte en la punta de un enorme garrote.

Al ver á un hombre bien vestido — cosa que en Nápoles se miraba como indicio de liberalismo — el *beccaio* quiso obligar al caballero á que besase la cabeza de Ferrari. Pero San Felice, lejos de ceder al temor, se negó á dar aquel beso sangrien-

to, rechazando enérgicamente al innoble asesino.

— ¡Ah! ¡miserable jacobino! gritó el *beccaio*; ¿te resistes á besar la cabeza, eh? pues la besarás mal que te pese, ¡*mannagia la Madonna!*

Y volvió á la carga con mayor empeño.

San Felice enarboló su paraguas, la única arma con que podía defenderse.

Pero al grito de « ¡muera el jacobino! » lanzado por el *beccaio*, acudieron en tropel cien miserables de aquella turba harapienta, y ya formaban un círculo amenazador en torno del caballero, cuando un hombre se abrió paso por medio de la muchedumbre, pegó un puntapié al *beccaio*, echándole á rodar á seis varas de distancia, tiró del sable, y colocándose delante de San Felice.

— ¡Plaza al caballero San Felice, bibliotecario de Su Alteza real el príncipe de Calabria! gritó con voz de trueno. ¡Pues me gusta el jacobino! ¿Quién es el que se meté con el caballero San Felice? añadió blandiendo su sable.

— ¡El capitán Miguel! exclamaron los *lazzaroni*. ¡Viva el capitán Miguel!... ¡es de los nuestros!

— No basta decir: « ¡Viva el capitán Miguel! » es menester gritar inmediatamente: « ¡Viva el caballero San Felice! »

La muchedumbre, á la cual le importa poco

gritar ¡viva Juan! ó ¡muera Pedro! con tal de que grite, aulló con voz unánime:

— ¡Viva el caballero San Felice!

El *beccaio* fué el único que permaneció silencioso.

— ¡Eh! le dijo Miguel; porque recibieras á la puerta de su jardín el chirlo de marras, no es razón para que no grites: « ¡Viva el caballero! »

— ¿Y si no me da la gana de decirlo? preguntó el *beccaio*.

— Sería absolutamente lo mismo que si te diese, porque se me antoja á mí que lo digas, y basta. ¡Conque así, continuó Miguel, viva el caballero San Felice ó te sacudo un linternazo que te echo fuera el otro ojo!

— Miguel, amigo mío, le dijo el caballero; deja á ese hombre, yo te lo suplico. Ya ves que no me conoce.

— Y ¿es esa una razón para que se empeñe en que beséis la cabeza de ese infeliz que acaba de degollar? Verdad es que más valdría besar esa cabeza que la suya; esa cabeza es la de un hombre honrado, la suya es la de un bribón.

— ¿Lo estáis oyendo? gritó el *beccaio*, ¡llama á los jacobinos personas honradas!

— ¡Cállate, miserable! Bien sabes que ese hom-

bre no era un jacobino : era Antonio Ferrari, correo del rey y uno de los más celosos servidores de S. M. Y si no me creéis, preguntádselo al caballero San Felice. Caballero, decid á estos hombres, que no son malvados, pero que tienen la desgracia de seguir á un infame, decidles quién era el pobre Antonio.

— Amigos míos, dijo el caballero San Felice, Antonio Ferrari era en efecto uno de los servidores más adictos á vuestro buen rey, quien en este momento llora su muerte. Sin duda el infeliz ha sido víctima de algún error fatal.

La muchedumbre escuchaba con tanta boca abierta.

— ¡Atrévete á decir que esa cabeza no es la de Ferrari y que Ferrari no era un hombre honrado! exclamó Miguel volviéndose al *beccaio*. ¡Dilo, miserable! ¡que yo lo oiga, y te rebano la otra media cara!

Y enarboló el sable sobre la cabeza del *beccaio*.

— ¡Gracias! murmuró éste cayendo de rodillas, dejáme y diré cuanto quieras.

— Y yo no diré más que una cosa : ¡que eres un cobarde! ¡Largo de aquí! y cuando me encuentres en tu camino, te aconsejo que á veinte pasos cambies de acera.

El *beccaio* se retiró en medio de la rechifla de aquella muchedumbre que le aplaudía momentos antes. La turba se dividió en dos grupos : el uno siguió al *beccaio* dirigiéndole injurias; el otro acompañó á Miguel y al caballero gritando :

— ¡Viva Miguel! ¡Viva el caballero San Felice!

Miguel permaneció á la puerta del jardín para despedir á su escolta, el caballero entró en su casa, y, según hemos dicho, llamó á Luisa desde la gradería.

El espectáculo que presenció desde las ventanas de la biblioteca y la escena de la cuesta del Gigante eran la causa de la palidez que cubría su rostro.

Cuando supo Luisa la noticia del próximo viaje, se puso más pálida que su marido; pero no respondió ni una palabra, no hizo ninguna observación.

— ¿Á qué hora marchamos? preguntó.

— Entre diez y doce de la noche.

— Bien, añadió, para esa hora estaré lista; no os inquietéis por mí, amigo mío.

Y, so pretexto de hacer algunos preparativos, se retiró á su cuarto, después de ordenar que la comida se sirviese á las tres, como de costumbre.